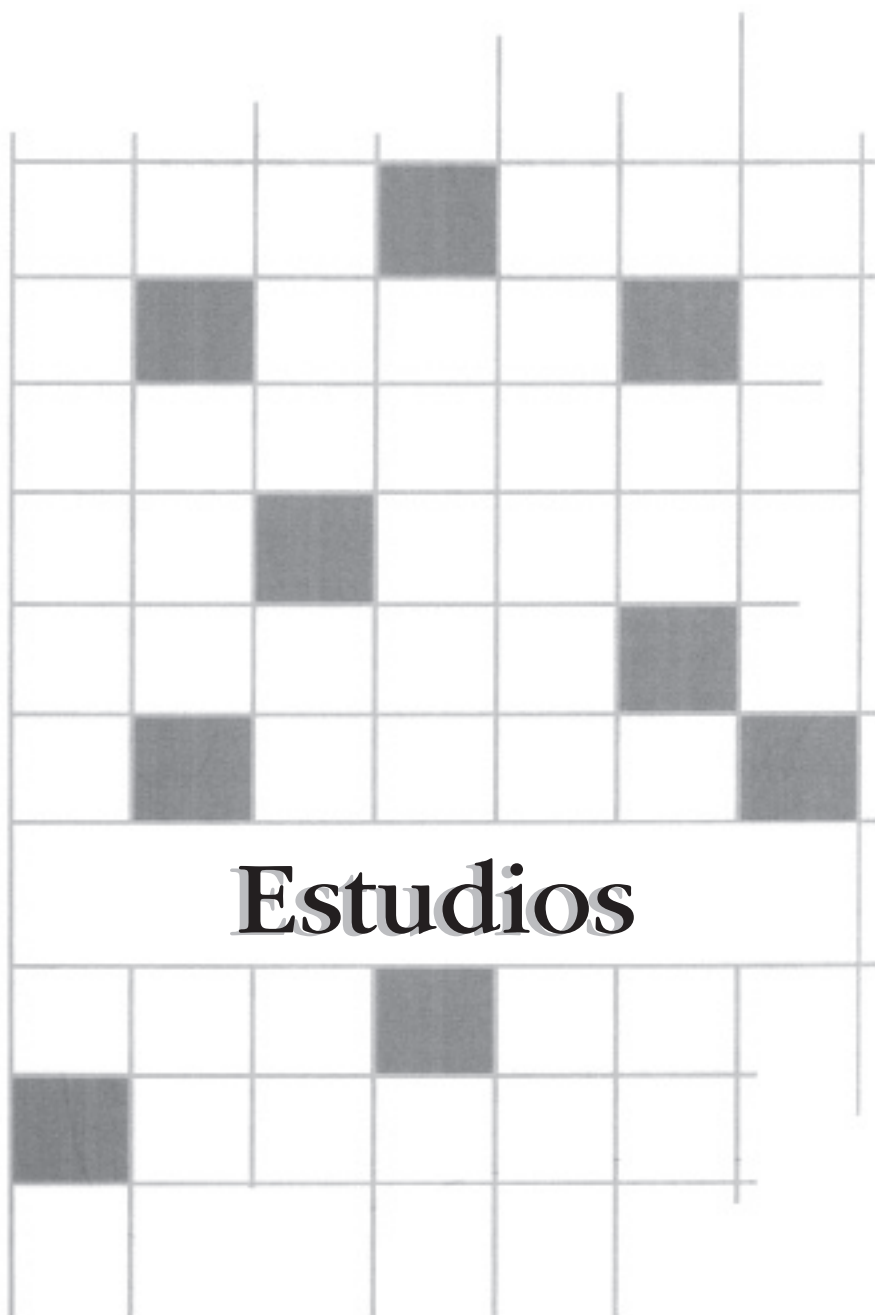




Estudios



RESTABLECER LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS COMPETE A TODA LA IGLESIA

CON MOTIVO DEL V CENTENARIO DE LA REFORMA DE LUTERO

Juan Pablo García Maestro¹

ALGUNAS OBSERVACIONES PRELIMINARES

La débil recepción del Ecumenismo en la vida pastoral de la Iglesia.

Partimos del convencimiento que el Espíritu Santo es el verdadero ministro del ecumenismo, es decir, de la deseada unidad visible de los cristianos. Lo hará cuándo, dónde y cómo él quiera. Pero la unidad de la Iglesia llegará cuando sea acogida por una gran mayoría de los fieles que forman parte de las distintas confesiones cristianas. Somos conscientes de que el ecumenismo ha sido tarea de unos pocos creyentes sensibles, de la jerarquía y de los teólogos. En la praxis eclesial y pastoral de las comunidades cristianas aún no ha calado este tema. ¿Qué saben los fieles o muchos párrocos sobre el V centenario de la Reforma que estamos celebrando este año 2017? ¿Qué recepción ha tenido el Decreto sobre el ecumenismo del Concilio Vaticano II, *Unitatis redintegratio*

¹ Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, es profesor de Teología Fundamental y Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y de Teología y catequesis en el Instituto Superior “San Pío X”. Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid)

(UR)? ¿Cómo se han trabajado los grandes acuerdos y declaraciones a las que han llegado las distintas iglesias? Estoy pensando especialmente en la Declaración conjunta sobre la Justificación del 31 de octubre de 1999.

La Teología ecuménica y toda la Teología adolece desde hace tiempo de una separación entre espiritualidad y teología, entre la vida pastoral de las comunidades y la reflexión teológica. La pastoral de la Iglesia se deberá dejar afectar por la reflexión teológica del ecumenismo y éste por la vida de las comunidades, con el fin de que la acción pastoral sea cada vez más ecuménica. El ecumenismo, en definitiva, deberá envolver toda la acción pastoral de las comunidades.

Lo diré con palabras del n. 5 del Decreto UR:

“El cuidado de restablecer la unión de los cristianos compete a toda la Iglesia, tanto a fieles como a pastores, y le corresponde a cada uno según sus propias posibilidades, tanto en la vida cristiana de cada día como en los estudios teológicos e históricos”.

En el Código de Derecho Canónico de 1983 se hace memoria de la responsabilidad ecuménica del obispo diocesano. Su papel no es una opción discrecional, sino una tarea a desarrollar y, más precisamente, una tarea sagrada que debe ser ejemplar para toda la Iglesia. La misión principal del movimiento ecuménico es “restablecer la unidad de todos los cristianos” y que la Iglesia debe promover dicho objetivo “por voluntad de Cristo” (can. 755, 1). Se puede hablar de un deber ecuménico *iure divino*. La responsabilidad ecuménica de la Iglesia deriva directamente de la eclesiología conciliar y constituye en sentido estricto un deber.

Si hacemos una valoración positiva y de actualidad del Decreto UR, diremos que ha sido la “fraternidad reencontrada” que, a juicio de san Juan Pablo II, es uno de los frutos más importantes de los diálogos ecuménicos².

² JUAN PABLO II, *Ut unum sint*, 41 y 42.

¿Cómo se ha vivido esta fraternidad reencontrada en las comunidades cristianas?

Es verdad que la redescubierta fraternidad es mucho más que un sentimiento vago. Tampoco tiene nada que ver con un liberalismo relativista e indiferente frente a las antiguas doctrinas diferenciadoras. La fraternidad entre los cristianos aún separados se fundamenta teológicamente en el único bautismo, en virtud del cual somos ya ahora miembros del único cuerpo de Cristo. Así pues, entre todos los cristianos separados existe un profundo vínculo ontológico. El Espíritu Santo también está activo, como nos enseña el Concilio, más allá de los límites de la Iglesia católica. Fuera de la Iglesia Católica no solo hay cristianos individuales, sino también elementos de la verdadera Iglesia de Cristo.

“El ecumenismo no acontece solo en el plano superior; tiene que acontecer en todos los planos. El ecumenismo oficial queda suspenso en el aire si no se halla sostenido por un “ecumenismo de base”. Uno y otro se necesitan e influyen mutuamente”³.

Ante la crisis del verdadero sentido de Unidad

El ecumenismo presenta hoy un reto importante: la presencia en nuestra cultura del axioma que lleva a **creer que la unidad nos lleva a un pensamiento totalitario**; se está más bien convencido de que la pluralidad es la única forma en que se nos manifiesta la totalidad de lo real, si es que se nos manifiesta. El rechazo por principio de cualquier idea de unidad es típico del posmodernismo, que no sólo acepta o tolera la pluralidad, sino que opta de manera fundamental por el pluralismo. Para esta mentalidad, cualquier búsqueda de unidad se percibe como obsoleta y anticuada⁴.

A agravar la situación, contribuye el hecho de que la mentalidad posmoderna se ha abierto camino, incluso en el actual pensamiento ecuménico, y está

3 W. KASPER, *La unidad en Jesucristo. Escritos de ecumenismo II*, Sal Terrae, Santander 2016, 548.

4 Para esta cuestión seguimos las aportaciones del cardenal Kurt KOCH, “Ut unum sint: el Ecumenismo como deber eclesiológico del Concilio Vaticano II”, en *Diálogo Ecuménico* 156 (2015), 37-62.

teniendo su impacto dentro de un pluralismo eclesiológico cada vez más difundido para el que resulta sospechosa cualquier búsqueda de unidad de la Iglesia. Se está tan adaptado al pluralismo de Iglesias y de Comunidades eclesiales que se ha desarrollado en el transcurrir de la historia que la búsqueda de la unidad no sólo no parece ya algo realista, sino que ni tan siquiera se considera algo deseable. No es extraño que se intente legitimar la renuncia a la unidad de la Iglesia con la Sagrada Escritura y, sobre todo, con la tesis del teólogo protestante del NT, Ernst Käsemann. Éste, en repetidas ocasiones, intentó justificar las grandes divisiones de la Iglesia, afirmando que el canon del NT ofrece un fundamento no a la unidad de la Iglesia, sino a la pluralidad de las confesiones⁵. Esta tesis vuelve a levantar hoy la cabeza, como cuando, por ejemplo, el Consejo de la Iglesia evangélica en Alemania, en su texto base para el aniversario de la Reforma de este año 2017, interpreta y elogia las Iglesias nacidas de la Reforma como parte del pluralismo legítimo de las Iglesias, totalmente conforme con las Escrituras, y como desarrollo razonable de la Reforma del siglo XVI.

Llegamos así a la constatación de una segunda diferencia fundamental respecto a la época del Concilio: en los diversos diálogos ecuménicos no existe ya un consenso sobre el significado de la unidad de la Iglesia y sobre el modo de lograr, el objetivo del movimiento ecuménico. La Iglesia católica, para definir los signos y los criterios de la unidad de la Iglesia, se orienta hacia la imagen de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, delineada en los Hechos de los Apóstoles 2, 42, en la que aparecen tres elementos constitutivos para la unidad: **la unidad de la fe, la unidad en la celebración litúrgica y la unidad en la comunión fraterna**. Sobre la base de este fundamento bíblico, la unidad de la Iglesia se entiende como unidad de la fe, en la vida sacramental y en los ministerios eclesiales. Frente a ello, en no pocas Iglesias y comunidades nacidas de la Reforma, se ha renunciado cada vez más a este concepto originario y común de unidad en favor del postulado del reconocimiento recíproco de las diversas realidades eclesiales como Iglesias y, consiguientemente, como partes de la única Iglesia de Jesucristo. Esta idea protestante de unidad ha encontrado su expresión más clara en la Concordia de Lenenbergo de 1773,

⁵ Ibid., 47. Cf. E. KÄSEMANN, “Begründet der neutestamentliche Kanon die Einheit der Kirche?”, en: Íd., *Exegetische Versuche und Besinnungen. Erster und zweiter Band*, Göttingen 1970, 214-223.

que se concibe como una comunidad de iglesias de diversas confesiones y ve además en tal comunidad el modelo para las relaciones ecuménicas con otras Iglesias cristianas⁶.

El hecho de que no exista ya un entendimiento sólido sobre cual sea el objetivo del movimiento ecuménico depende fundamentalmente de la existencia de conceptos confesionales muy diversos de Iglesia y de su unidad. Coexisten unos junto a otros, sin reconciliarse. Igualmente, existen tantas ideas sobre el objetivo ecuménico cuantas ecclesiologías confesionales. Por consiguiente, si la falta de convergencia sobre el movimiento ecuménico tiene su fundamento esencialmente en la falta de un acuerdo sobre la naturaleza de la Iglesia y su unidad, la clarificación ecuménica del concepto ecclesiológico de unidad eclesial debe ser entonces el punto principal del orden del día de los diálogos ecuménicos de hoy y de mañana, sobre todo en los encuentros con las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma. A través de una clarificación de la cuestión ecclesiológica, se podrá alcanzar un consenso sobre la interpretación de la unidad eclesial y, como consecuencia, del objetivo ecuménico.

Por eso, si queremos seguir siendo fieles a las convicciones fundamentales del Decreto UR sobre el ecumenismo, debemos mantener despierta, también hoy, con benévola determinación, la cuestión de la unidad. En efecto, sin la búsqueda de la unidad, la fe cristiana renunciaría a sí misma. Así lo subraya con claridad extrema la carta de Pablo a los Efesios: *“Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos”* (Ef. 4, 4-6). Lo que funda la Sagrada Escritura es la búsqueda de la unidad de la Iglesia y no la canonización del pluralismo de las Iglesias que nos empuja a la división⁷.

La Iglesia una y única existe realmente, pero sabemos que ha sido herida por diversas escisiones. Esta realidad hizo que el Concilio respondiera teológicamente tanto de la unicidad como de la concretización histórica de la Iglesia “una y única”. En efecto, si se renunciase al convencimiento sobre

⁶ Ibid., 48.

⁷ Ibid., 49.

la unicidad de la Iglesia, la consecuencia lógica sería un “relativismo eclesial”: ¡la Iglesia sólo podría existir en plural! Si, por el contrario, se abandona el convencimiento acerca de la concretización histórica de la Iglesia, la consecuencia sería un “misticismo eclesial”, en el sentido de que la única Iglesia existiría solo como idea platónica.

Para evitar estos dos extremos, el Concilio ofreció una respuesta a esta difícil cuestión con la famosa fórmula del “*subsistit*” (cfr. LG 8; UR 3; DH 1), sobre cuyo significado había predicho Gerard Philips que se seguirían derramando ríos de tinta. En opinión de Joseph Ratzinger, esconde en sí misma “todo el problema ecuménico”. Esta fórmula, en su núcleo elemental, afirma que la única y verdadera Iglesia de Jesucristo “subsiste” en la Iglesia católica, que vive en comunión con el Obispo de Roma y con los otros obispos; ello significa que se halla presente concretamente y es verificable permanentemente. La única Iglesia de Jesucristo no debe entenderse, pues, como una entidad oculta en las distintas comunidades eclesiales; es más bien, una realidad que existe ahora y que tiene un lugar concreto en la historia, en la cual se puede reconocer permanentemente. Puesto que la única Iglesia existe como sujeto en la realidad histórica y puesto que ser cuerpo es algo fundamental para la Iglesia, también la unidad de la Iglesia, que debe restablecerse con el movimiento ecuménico, solo puede ser una unidad visible, según ha subrayado Gerhard Lohfink: “No debemos negar la laceración real de la Iglesia y buscar un sustantivo en la interioridad y la invisibilidad. La verdadera unidad solo puede ser una unidad corporalmente visible, perceptible, tangible. De otro modo, no correspondería a la ley fundamental de la creación y de la historia de la salvación”⁸.

Con la fórmula ecuménica del *subsistit*, el Concilio pretendía mantener unidas y reconciliar dos convicciones. Por una parte, quería confirmar y renovar la afirmación tradicional según la cual la única y verdadera Iglesia de Cristo existe para siempre en la Iglesia católica. Por otra, quería abrir paso al reconocimiento de la existencia de elementos de la verdadera Iglesia de Jesucristo también en otras Iglesias y Comunidades eclesiales, con la convicción de que fuera de los confines de la Iglesia católica no existe un vacío eclesial, como subrayaba san

⁸ Ibid., 51. Ver G. LOHFINK, “Jesus und das zerrissene Gottesvolk”, en: Íd., *Gegen die Verharmlosung Jesu. Reden über Jesus und die Kirche*, Freiburg 2013, cita en la p. 177.

Juan Pablo II:

“Muchos elementos de gran valor, que en la Iglesia católica son parte de la plenitud de los medios de salvación y de los dones de gracia que constituyen la Iglesia, se encuentran también en las otras Comunidades cristianas”⁹.

Sólo podemos responder a la pregunta sobre cómo es posible conciliar estas dos convicciones, si en los diálogos ecuménicos nos preguntamos además cuál es la “naturaleza de la Iglesia”.

El Concilio afirma que las Iglesias y las Comunidades no católicas viven en una comunión con la Iglesia católica que es tal, aunque todavía no sea plena. Puesto que con esta eclesiología de comunión se reconoce una realidad eclesial, también fuera de la Iglesia católica, podemos afirmar con el papa Benedicto XVI que de este modo se “hace sitio al plural Iglesia junto al singular”.

El sentido y el origen de la fórmula «Ecclesia semper reformanda»

Esta fórmula, inspirada en Lutero, apareció en el contexto de la denominada Segunda Reforma del credo calvinista en el siglo XVII. Fue el teólogo helvético Hans Küng, en diálogo con Karl Barth, el que la relanzó en el mundo católico antes del Concilio Vaticano II. Este Concilio tuvo presente dicha perspectiva en LG 8 y UR 6¹⁰.

En LG se encuentra como emblemático final del capítulo inicial. Trata de “la Iglesia, a la vez visible y espiritual, comunidad de fe, esperanza y amor e Iglesia calificada como una realidad compleja al tratar de su analogía con el Verbo encarnado; y también por el doble uso del adjetivo católica: como nota de única Iglesia de Cristo (una, santa, católica y apostólica) y como característica confesional de la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él. También por la afirmación paradójica de que la Iglesia, aun abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre

9 JUAN PABLO II, *Ut unum sint*, 13.

10 Aquí seguimos el artículo de Salvador PIÉ-NINOT, “Ecclesia semper reformanda”. La recepción del Vaticano II: balance y perspectivas”, en *Selecciones de teología* 223 (2017), 200-212.

necesitada de purificación. El texto posterior de LG 9, retomando la citada expresión “renovación”, subrayará que la Iglesia “se renueva sin cesar por la acción del Espíritu Santo”.

El teólogo alemán Karl Rahner comenta este texto señalando que no basta la distinción entre santidad subjetiva y objetiva, ya que se trata de una constante “metanoia” en la Iglesia y no de una mera adaptación de la liturgia, del derecho y de la pastoral a las circunstancias históricas. Estará siempre viva en toda su agudeza y profundidad la conciencia de *Ecclesia semper reformanda*, sobre todo si sabemos que sus miembros son imperfectos e incluso pecadores. Por eso, Rahner reconoce que la Iglesia es propiamente “la Iglesia santa de los pecadores”¹¹.

El estudio más extenso y detallado de esta cuestión, previa al Vaticano II, es el de Hans Urs von Balthasar titulado *Casta meretrix*¹² de 1961. De este estudio del teólogo de Lucerna cito alguna de sus conclusiones más sobresalientes: “La Iglesia consta de pecadores; su oración es oración propia del pecador (...) De igual forma que la cizaña prolifera siempre obstinada en el campo, así crece en la Iglesia el pecado contagioso y obstinado (...). No por ello es menos real la santidad de la Iglesia, pero es una santidad realista, una santidad de Iglesia militante, que es santa por lo que Dios pone en ella... por ejemplo, el conferimiento de los sacramentos, o la solemne proclamación de una verdad de la fe. Aquí no hay más que santidad. Pero en todos los demás sitios (...) se mostrarán de manera inevitable y frecuente la debilidad y la astucia humanas, la huella del pecado humano.

Por eso conviene diferenciar la santidad de la Iglesia, que es plenamente santa por lo que comunica a través del Espíritu -la Palabra de Dios y los Sacramentos que son en sí santos-, de la de sus ministros, que pueden no serlo siempre. Y, a su vez, en su seno tiene pecadores. La fórmula *Ecclesia peccatrix* es rarísima entre los Padres, ya que éstos prefieren la imagen del *nigra sum sed Formosa*, tal como expone J. Ratzinger en un estudio previo al Vaticano II. Señala que todos sus miembros están en el camino de la conversión y deben

11 K. RAHNER, *Iglesia de pecadores*, en Escritos de Teología VI, Madrid 1969, 314-337.

12 H.U VON BALTHASAR, “Casta meretrix”, en: *Ensayos teológicos II. Sponsa Verbi*, Guadarrama, Madrid 1964, 239-354.

pedir perdón a Dios y a los hermanos, como expresión del ser mismo de la Iglesia en cuánto comunidad esencialmente peregrinante.

El segundo texto conciliar sobre nuestro tema es UR 6: “Toda renovación de la Iglesia (cf. Concilio Lateranense V, ses. XII (1517), constitución *Constituti*) consiste esencialmente en un aumento de la fidelidad a su vocación; ésta es, sin duda, la razón de por qué el movimiento tiende hacia la unidad. La Iglesia, peregrina en este mundo, está llamada por Cristo a esta reforma permanente de la que ella, como institución terrena y humana, necesita continuamente; de modo que si algunas cosas, por circunstancias de tiempo y lugar, hubieran sido observadas menos cuidadosamente en las costumbres, en la disciplina eclesiástica o incluso en el modo de exponer la doctrina -que debe distinguirse cuidadosamente del depósito mismo de la fe-, en el momento oportuno recta y debidamente deben restaurarse”.

Nótese cómo en el inicio de este texto se hace una referencia al Concilio V de Letrán (1517), que afirmó la necesidad de una “reforma general”. Así, pues, el Vaticano II con esta cita quiere subrayar que la categoría reforma ya se encontraba en la Iglesia católica antes de Lutero, y que es ésta la perspectiva de la cual parte¹³.

UR 6 se une claramente al convencimiento de reforma católica previo a la reforma protestante y, en este sentido, se convierte en estudio normativo para comprenderla. El teólogo dominico Yves Congar detalla cuatro condiciones para que se lleva a cabo una reforma: primacía de la caridad y de la pastoral; permanencia en la comunión global; la paciencia como actitud; y la renovación por retorno a la tradición y no por una novedad fruto de una adaptación superficial¹⁴.

Nótese, finalmente, que UR 6 cuando añade que “el modo de exponer la doctrina debe distinguirse cuidadosamente del depósito mismo de la fe”, lo hace reflejando la significativa formulación de Juan XXIII en el Discurso inaugural de este concilio (formulación recogida por GS 62). Para expresar

¹³ Ibid., 202.

¹⁴ Y. CONGAR, *Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2014.

el sentido del *aggiornamento* que persigue el Vaticano II, en el que asimismo distingue entre “el depósito de la fe y el modo como se enuncia.

Es precisamente este texto de san Juan XXIII el que sirvió a Benedicto XVI en su famoso discurso a la Curia Romana (22-XII-2005) para basar su propuesta de “la hermenéutica de la reforma”¹⁵. No trataba de apostar por la clave rupturista, pero ¡tampoco de un aggiornamento puramente conyuntural!, ya que busca la sincera “renovación de la Iglesia”. De este modo, hoy podemos dirigir con gratitud nuestra mirada al concilio Vaticano II que puede ser una fuerza de renovación para la Iglesia.

EL CONCILIO VATICANO II Y LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

El 8 de diciembre de 2015 celebrábamos el 50 aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II. Ha sido, sin duda, el acontecimiento más importante de la historia de la Iglesia del siglo XX. El Vaticano II quiso ser un concilio ecuménico y pastoral. Por recordar brevemente algunos momentos del origen ecuménico del Vaticano II, quiero traer a la memoria que el 28 de octubre de 1958 fue elegido el papa Juan XXIII. Este Papa traía a la Sede Apostólica una vocación singularísima: la vocación de la unidad cristiana. En el cónclave de su elección, ya dijo el papa Giuseppe Roncalli (hoy santo):

“Abrazamos con ardiente y paternal amor tanto a la Iglesia occidental como oriental; incluso a los que están separados de esta Sede Apostólica. A estos extendemos nuestros brazos abiertos”¹⁶.

El 25 de enero de 1959, al finalizar la Semana de oración universal por la unión de los cristianos, el papa Juan XXIII anunció a los cardenales, en la basílica de san Pablo Extramuros, su propósito de convocar un concilio “*para buscar los caminos de la unidad*”.

15 BENEDICTO XVI, Discurso a los Cardenales, Arzobispos, Obispos de la Curia Romana, jueves 22 de diciembre de 2005, en [www.scribd.com/document/238053319/Primer Discurs-Del](http://www.scribd.com/document/238053319/Primer-Discurs-Del)

16 En *Ecclesia*, 1 de noviembre 1958, p. 6.

El 29 de junio de 1959, publicó su primera encíclica, *Ad Petri cathedra*, indicando los fines del Concilio. Tres fueron los objetivos del Concilio para san Juan XXIII:

- a) La unidad de los cristianos.
- b) La apertura al mundo.
- c) y la opción preferencial, pero no exclusiva, por los pobres.

De estos tres objetivos, los dos primeros han constituido la tarea prioritaria de la Iglesia Europea. Sin embargo, el tercero no ha sido tomado tan en serio como los dos primeros. Por eso, el cardenal Lercaro de Bolonia, a dos meses de la apertura del Concilio, recordó que, de esos tres objetivos, los dos primeros adquirirían su verdadero significado, en tanto en cuanto se asumiera con sinceridad la opción preferencial por los excluidos de nuestra sociedad. Al hacer un balance de los 50 años del Vaticano II, ¿no deberíamos preguntarnos si muchas cuestiones de nuestra relación con el mundo y del diálogo ecuménico no han avanzado más, quizás porque la opción preferencial por los pobres no ha sido lo prioritario de la Iglesia? Con todo, habrá que reconocer que esta es precisamente una parte importante del programa del pontificado del Papa Francisco. La misión renovará la Iglesia. La Iglesia en salida hacia las periferias existenciales. **En estas periferias, los prioritarios son los pobres.** Aquí radica un punto mollar del pontificado del papa Bergoglio, un papa –no lo olvidemos– venido del Sur. ¿No es esta una tarea prioritaria de todas las confesiones cristianas? Absolutizar el tema de Dios y la opción preferencial por los pobres relativizarían muchas cuestiones eclesiológicas que aún nos dividen.

El día 5 de junio de 1960, el papa Juan XXIII **creó un Secretariado especial para fomentar la unidad de los cristianos.** Debería tener rango de institución conciliar y se convertiría en verdadera ‘plataforma’ de contactos permanentes con los hermanos separados.

El día 11 de octubre de 1962, reunidos los obispos católicos de todos los continentes en el Aula Vaticana, presentes numerosos delegados oficiales de

Iglesias y Comunidades eclesiales separadas de Roma, el papa Juan XXIII proclamaba en el discurso de inauguración del concilio Vaticano II:

“La Iglesia católica estima como un deber suyo el trabajar denodadamente, a fin de que se realice el gran misterio de aquella unidad que Jesucristo invocó con ardiente plegaria al Padre celeste en la inminencia de su sacrificio”¹⁷.

Antes del Concilio Vaticano II, la Iglesia católica había manifestado muchas reservas y reticencias hacia el ecumenismo, temerosa del riesgo de un relativismo eclesiológico. Así, desde Roma fue rechazada la celebración de la Conferencia Misionera Mundial (1910) celebrada en Edimburgo (Escocia), justo en los albores del movimiento ecuménico. La identificación automática y exclusiva de la Iglesia católica-romana con la única y verdadera Iglesia de Cristo llevaba aparejada una condena del naciente movimiento ecuménico, que quedó formulada de forma rotunda en la encíclica *Mortalium animos* (1929) del papa Pío XI. En consecuencia, se prohibía a los católicos la participación en estas reuniones pan-cristianas¹⁸.

El 21 de noviembre de 1964, el concilio Vaticano II promulgó solemnemente el decreto *Unitatis redintegratio* (UR)¹⁹ sobre el ecumenismo. Desde su introducción, el documento afirma que “Cristo Señor fundó la Iglesia una

17 CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, BAC, Madrid 1967, 4 ed.

18 Aún existe en la mentalidad de muchos cristianos que “los otros” fueron los culpables y, por lo tanto, tienen que convertirse a la Iglesia católica. Continúa siendo muy actual lo que uno de los grandes ecumenistas, el teólogo Yves Congar, afirmó en su último curso de teología ecuménica en el Instituto Católico de París, titulado *Diversidad y comunión* (1982): “Siguen quedando excluidas dos vías: a) la vía del retorno de los cristianos no católicos al redil de la Iglesia católica romana (esta postura sería indicio de integrismo ecuménico) y b) la vía del aplazamiento hasta la escatología de la unidad de los cristianos, como milagro que Dios realizará al final de los tiempos (esta postura significaría una huida de las tareas históricas y sería indicio de pesimismo ecuménico). Por tanto, ni retorno al redil romano ni aplazamiento *sine die* de la unidad: Y. CONGAR, *Diversité et communion*, Cerf, Paris 1982, p. 244.

19 Este Decreto se aprobó con 2137 votos a favor y solo 11 votaron *non placet*. Ese mismo día, lo fueron también la constitución de la Iglesia *Laumen Gentium* y el decreto *Orientalium ecclesiarum*.

y única”, que la división contradice la voluntad del Señor, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura. Promover el restablecimiento de la unidad entre todos los cristianos es uno de los propósitos principales del sagrado concilio ecuménico Vaticano II” (n. 1)²⁰.

Desde su aprobación han transcurrido ya cincuenta y tres años. Durante este tiempo el documento ha tenido repercusiones sin precedente y su influjo se extiende más allá de la Iglesia católica. Después de medio siglo de andadura, tenemos buenos motivos para preguntarnos: ¿Cuál era la finalidad del Decreto? ¿Qué efecto ha tenido? ¿Cuál es la situación actual del ecumenismo? ¿Cuál es el camino que le queda aún por recorrer al ecumenismo? ¿Hacia dónde va el ecumenismo?

Muchos estaremos de acuerdo que con el Concilio comenzó algo nuevo: impulso inicial. Juan XXIII- afirma Kasper- puede considerarse con razón el padre espiritual del Decreto sobre el ecumenismo, pues él fue quien quiso el Concilio y quien definió su finalidad: **la renovación dentro de la Iglesia católica y la unidad de los cristianos**²¹.

20 Para el decreto sobre el ecumenismo, cf. W. KASPER, “La permanente obligatoriedad teológica del decreto sobre el ecumenismo”, en: *Caminos hacia la unidad de los cristianos*, Sal Terrae, Santander 2014, pp. 168-177; L. JÄGER, *Das Konzilsdekret über den Ökumenismus*, Paderborn 1968²; W. THÖNISSEN (ed.), *Unitatis redintegratio*. 40 Jahre Ökumenismusdekret, Paderborn 2005; P. LANGA, “Decreto *Unitatis redintegratio*. De su elaboración a su promulgación”, en *Pastoral ecuménica* 64-65 (2005), pp. 29-54; Id., “Unitatis redintegratio, un regalo para la Iglesia. En el 50º aniversario del decreto conciliar sobre el ecumenismo”, en *Vida Nueva*, 2917 (15-21 de noviembre 2014), pp. 23-30; J. R. VILLAR, “Dimensión ecuménica del Vaticano II”, en: A. ARANDA, M. LLUCH y J. HERRERA (Eds.), *En torno al Vaticano II: claves históricas, doctrinales y pastorales*, Ed. Eunsá, Navarra 2014, pp. 341-350; G. WENZ, “El Vaticano II desde una perspectiva luterana”, en: A. ARANDA, M. LLUCH y J. HERRERA (Eds.), *En torno al Vaticano II: claves históricas, doctrinales y pastorales*, oc., pp. 351-358; N. DUMITRASCU, “El Vaticano II desde una perspectiva ortodoxa”, en: A. ARANDA, M. LLUCH y J. HERRERA (Eds.), *En torno al Vaticano II*, oc., pp. 359-381.

21 Se trata de una conferencia que el cardenal W. KASPER, presidente entonces de PCPUC, para el cuadragésimo aniversario de *Unitatis redintegratio* (11-11-2004): “Cuarenta años de ecumenismo postconciliar”, en *Ecclesia* 3.232 (2004), pp. 17-29.

El Concilio Vaticano II integró el movimiento ecuménico en la dinámica escatológica de la Iglesia, como un pueblo en camino. Y, a su vez, afirmó que el **ecumenismo espiritual es el corazón del ecumenismo**²². Ecumenismo espiritual significa conversión interior, renovación del espíritu, santificación personal, caridad, humildad, paciencia, pero también renovación y reforma de la Iglesia. Y, sobre todo, que **la oración** es el corazón del movimiento ecuménico (cfr. UR 5-8)²³.

Para el Concilio, como en la etapa posconciliar se ha insistido tan certeramente, el ecumenismo **es responsabilidad de todos**²⁴. El ecumenismo es cosa de creyentes²⁵. No es una moda pasajera. Hunde sus raíces en el Dios en quien creemos, el Dios Trinidad, que es comunión, pluralidad y a la vez unidad. Tiene su fundamento cristológico en la persona de Jesucristo que antes de su muerte oró al Padre para que fuésemos uno, para que el mundo crea (cfr. Jn 17, 21).

El papa san Juan Pablo II lo formuló con claridad: “Creer en Cristo implica desear la unidad. De ahí que el ecumenismo no sea un asunto secundario ni un mero apéndice; antes bien, **es el camino de la Iglesia**. Este no es obra nuestra, sino impulso del Espíritu Santo (UR 1; 4), que es el único que puede regalarnos la plena unidad ecuménica. Por eso, el ecumenismo no es una cuestión política, diplomática o meramente pragmática; antes que nada, es un propósito espiritual. Su objetivo -la unidad visible- supone en concreto que todos podamos sentarnos juntos a la única mesa del Señor, participando del único cuerpo eucarístico de Cristo y bebiendo del único cáliz”²⁶.

22 Envío a los estudios de: H. VALL VILARDELL, “La Spiritualità ecuménica”, en *Gregorianum* 88, 2 (2007), 407-420; S. MADRIGAL, “Espiritualidad y ecumenismo: reflexiones al hilo de Unitatis Redintegratio, 8”, en *Pastoral ecuménica* 88 (2012), 9-30.

23 J. GARCÍA HERNANDO, *La unidad es la meta, la oración el camino*, San Pablo, Madrid 2003.

24 En el nº 5 del decreto UR se nos recuerda: “*El cuidado de restablecer la unión compete a toda la Iglesia, tanto a los fieles como a los pastores, y le corresponde a cada uno según sus propias posibilidades, tanto en la vida como en los estudios teológicos e históricos*”.

25 J. GARCÍA HERNANDO, *Ecumenismo: cosa de creyentes*, Centro Ecuménico de Misioneras de la Unidad, Madrid 2001².

26 JUAN PABLO II, *Ut unum sint*, n. 9

Más recientemente, el papa Benedicto XVI nos recordó que “el ecumenismo es antes que nada una actitud fundamental, un modo de vivir el cristianismo. No es un sector particular junto a otros posibles. El deseo de unidad, el trabajo por la unidad pertenece a la estructura del mismo acto de fe porque Cristo vino para reunir a los hijos de Dios que estaban separados”.

Sin embargo, a cincuenta años del Concilio y del Decreto *Unitatis Redintegratio*, grandes zonas del catolicismo ignoran su contenido, son alérgicas a la causa de la unidad, y no solo entre el pueblo sencillo, sino entre personas con responsabilidad en el ministerio pastoral. Por algo decía el cardenal Cassidy, en el momento de la presentación del nuevo Directorio de Ecumenismo en Roma, estas palabras fuertes pero cargadas de verdad: “¿Cómo va a conocer el ecumenismo el pueblo si no lo conocen los sacerdotes? ¿Cómo van a saber los sacerdotes lo que es el ecumenismo si no lo saben los obispos?”²⁷.

Cincuenta años caminando. Por consiguiente, no podemos aplicar a nuestro tema la famosa frase de nuestro poeta Antonio Machado: “Caminante, no hay camino”. El ecumenismo ya tiene camino recorrido, pero continúa siendo aplicable la segunda parte de la frase machadiana: “Se hace camino al andar”. Cincuenta años. Tenemos que decírselo al Dios Trinidad, que nos ha metido por este camino, por las sendas que su Hijo nos trazó en la memorable Noche de la Cena. De todos modos, no es Dios quien tiene que ajustar su reloj al nuestro, sino que es el nuestro el que tiene que acomodarse al suyo. Todavía no hemos llegado a la meta. Eso lo decía también el Papa Juan Pablo II al comenzar el tercer capítulo de su encíclica “*Ut unum sint*”²⁸.

27 Citado por J. GARCÍA HERNANDO, “Pioneros del Ecumenismo”, en *Pastoral Ecueménica* 64-65 (2005), 19-23, aquí 23.

28 Nos referimos al n° 77 de la encíclica: “Podemos ahora preguntarnos cuánto camino nos separa todavía del feliz día en que se alcance la plena unidad en la fe y podamos concelebrar en concordia la sagrada eucaristía del Señor. El mejor conocimiento recíproco que ya se da entre nosotros, las convergencias doctrinales alcanzadas, que han tenido como consecuencia un crecimiento afectivo y efectivo de la comunión, no son suficientes para la conciencia de los cristianos que profesan la Iglesia una, santa, católica y apostólica. El fin último del movimiento ecuménico es el restablecimiento de la plena unidad visible de todos los bautizados. En vista de esta meta, todos los resultados alcanzados hasta ahora no son más que una etapa, si bien prometedora y positiva”.

En la Octava Asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias, celebrada en 1998, en Harare (Zimbawe), su Santidad Arán I, Católicos de la Iglesia de Cilicia y Moderador General de la Asamblea, dirigiéndose a todos los participantes le dijo con dolor reflejado en el rostro: “*Lo del ecumenismo es todavía una asignatura pendiente y una tarea inacabada*”.

LA REFORMA DE MARTÍN LUTERO Y SU ACTUALIDAD PARA LA IGLESIA DE HOY

Alguien ha dicho que existen tantas imágenes de Lutero como libros sobre él. Para los católicos, Lutero fue durante largo tiempo el hereje por antonomasia, el culpable de la división de la Iglesia Occidental, con todas sus terribles consecuencias hasta hoy.

Hoy, sin embargo, Lutero se ha convertido ya prácticamente en un padre de la Iglesia común a las dos confesiones, la católica y la evangélica²⁹.

¿Cómo fue posible que se llegara no a la renovación del cristianismo, sino a su división?

El teólogo alemán Wolfhart Pannenberg afirma con razón: “el nacimiento de una Iglesia luterana propia no representa el éxito, sino el fracaso de la Reforma”³⁰. Una de las razones por la que no se llegó a la renovación del cristianismo, es sin duda, que **el llamamiento de Lutero a la penitencia** no fue escuchado en la Roma de la época y tampoco por los obispos. En lugar de reaccionar con arrepentimiento y con las reformas necesarias, se respondió con la polémica y la condena. Esta parte de culpa por parte de Roma la reconoció ya el papa Adriano VI a través de sus legados en la Dieta de Nuremberg (1523).

En la actualidad se intenta, sobre todo en Alemania, interpretar a Lutero y a la Reforma en el contexto de la historia moderna de la libertad. El dicho: “No puedo sostener otra cosa, esta es mi postura. ¡Que Dios me ayude!”,

29 Cfr. W. KASPER, *Martin Lutero. Una perspectiva ecuménica*, Sal Terrae, Santander 2016.

30 W. PANNENBERG, “Reformation und Einheit der Kirche”, en: Ídi., *Beiträge zur systematischen Theologie*, vol. 3: Kirche und Ökumene, Göttingen 2000, 173-185, aquí 174 s.

se considera expresión de la libertad y franqueza de Lutero, de su firmeza y dignidad ante las autoridades eclesiásticas y políticas.

Desde aquí, ¿cómo actualizar a Lutero hoy? Creemos que por su espíritu de libertad y su teocentrismo, Lutero es un extraño, un personaje extemporáneo en la Modernidad; y precisamente en tal concentración cristológica y teocéntrica radica su actualidad ecuménica.

Ecumenismo es el descubrimiento de la catolicidad originaria, no constreñida por parcialidad alguna. Para san Ignacio de Antioquia, que fue el primero en utilizar el término en un contexto cristiano, lo católico se encuentra allí donde está Jesucristo. Él es el centro, comienzo y fin de la realidad toda (cfr. Ef 1, 10; Col 1, 15-20). Jesucristo reconcilió el mundo con Dios (cfr. 2 Cor 5, 19).

De ahí que el ecumenismo cristiano persiga la unidad de la Iglesia al servicio de la unidad y la paz del mundo. Se trata de un humanismo universal, que tiene su fundamento en Jesucristo como el nuevo y definitivo Adán (cfr. 1 Cor 15, 45).

Afirma Kasper, siguiendo a Heinrich Bedford-Strohm, que “la mejor idea ecuménica para el 2017 es celebrar en común una fiesta cristológica”³¹. Eso sería catolicidad ecuménica vivida con gran cercanía a los hombres y en medio del mundo.

¿Qué tiene que decirnos Lutero en relación con el ecumenismo?³²

Lutero no era un defensor del ecumenismo en el sentido actual. Tampoco lo eran sus adversarios. Tanto unos como otros tenderán a la polémica y a la controversia. Así como hoy el papa Francisco reclama en su exhortación programática *Evangelii gaudium* la conversión individual, pero también la del episcopado y el primado, la originaria aspiración de Lutero era el evangelio de la gracia y la misericordia y el llamamiento a la conversión y la renovación.

31 Ibid., 61.

32 Cfr. J-M KRUSE, “Borremos los nombres partidistas y llamémonos cristianos. Un encuentro con Martin Lutero en perspectiva ecuménica”, en *Selecciones de teología* 223 (2017), 170-180.

La más importante contribución de Martín Lutero al avance del ecumenismo no radica en los planteamientos eclesiológicos - en él todavía abiertos-, sino en su originaria concentración- como punto de partida- en el evangelio de la gracia y la misericordia de Dios y en el llamamiento a la conversión. El mensaje sobre la misericordia divina era la respuesta tanto a sus interrogantes y necesidades personales como a las preguntas de la época. También hoy constituye la respuesta a los signos de los tiempos y a las acuciantes preguntas de muchas personas. Solo la misericordia divina puede restañar las profundas heridas que la separación ha influido al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (papa Francisco).

“Se le entendería de una forma totalmente superficial si se pensara que Lutero solo quiso luchar contra los indescriptibles abusos dentro de la Iglesia, en especial contra las indulgencias, y conseguir liberarse del papado. No: el ímpetu personal reformador de Lutero, lo mismo que su inmensa fuerza expansiva en la historia, provenían de un solo afán: “el retorno de la Iglesia al evangelio de Jesucristo, tal y como él lo había vivido intensamente en la Sagrada Escritura y en especial en san Pablo”³³.

Se atribuye a Lutero esta frase: “Aun sabiendo que mañana va a llegar el fin del mundo, plantaría hoy un manzano”. A este gesto de esperanza, cuenta el cardenal Walter Kasper que el 1 de noviembre de 2009 tuvo el honor de plantar un pequeño tilo en el recién creado Jardín de Lutero en Wittenberg; y como si se tratara de un intercambio de regalos, los luteranos plantarán más tarde, ya bajo su sucesor, al frente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (el cardenal Kurt Koch), un olivo junto a la basílica de san Pablo Extramuros en Roma³⁴.

Quien planta un árbol tiene esperanza, pero necesita también la paciencia. Y este árbol tiene que crecer a lo hondo y echar raíces para poder resistir las tormentas. También nosotros debemos ir *ad fontes* y *ad radices*. Necesitamos un ecumenismo espiritual que se alimente de la lectura conjunta de la Escritura y de la oración en común.

33 H. KÜNG, “Martín Lutero. Retorno al evangelio como ejemplo clásico de cambio de paradigma”, en: Íd., *Grandes pensadores cristianos. Una pequeña introducción a la teología*, Trotta, Madrid 2015², 125.

34 W. KASPER, *Martín Lutero. Una perspectiva ecuménica*, 74.

El árbol tiene que crecer también hacia lo alto y estirarse hacia el cielo en busca de la luz. No podemos hacer ecumenismo, no podemos organizarlo con la violencia. La unidad es un don del santo Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios, que comenzó la obra de la unidad, la llevará también a término: no será, seguro, la unidad que nosotros queremos, sino la que él quiera.

Por último, el plantón tiene que crecer también a lo ancho, para que las aves del cielo puedan anidar en sus ramas (cfr. Mt 13, 32), es decir, para que todos los cristianos de buena voluntad encuentren sitio bajo él y su sombra. En otros términos simbólicos, en consonancia con la imagen del poliedro, tan querida al papa Francisco, debemos permitir la unidad en una gran diversidad reconciliada, estar abierta a todos los hombres de buena voluntad y dar testimonio común de Dios y su misericordia.

La unidad está hoy más cerca que hace 500 años. Ya ha comenzado. En 2017 no estaremos, como en 1517, en camino hacia la separación, sino en camino hacia la unidad. Esta perspectiva ecuménica haría mucho bien a las dos Iglesias, a muchos que la esperamos y también al mundo que hoy necesita de nuestro testimonio común.

La historia de la recepción del último concilio no está, ni mucho menos, concluida; tampoco la historia de la recepción de Lutero, ni siquiera dentro de las propias Iglesias evangélicas³⁵.

EL FUTURO DEL ECUMENISMO

Quizá sea un atrevimiento por mi parte plantear el futuro del ecumenismo. Por supuesto que no soy adivino, pero, como ya hemos recordado en otro momento, el Espíritu Santo tiene sus propios planes y nos depara sin cesar sorpresas. Una cosa es segura: **el Espíritu Santo es fiel**. Él ha otorgado el impulso inicial y podemos estar seguros de que llevará a su culmen lo que ha puesto en marcha. Reflexionar sobre el futuro del ecumenismo en la actual situación, afirma Kasper, **no significa que haya que reinventar por**

35 Ibid, 68.

completo el ecumenismo³⁶. Este se basa en la tarea que el propio Jesús nos encomendó. Está enraizado en el encargo del Concilio Vaticano II, que hizo de la unidad de todos los cristianos una de sus propiedades, como ya recordamos en el segundo apartado. Como afirmó con razón el papa Juan Pablo II, y con otras palabras reiteró Benedicto XVI, **el ecumenismo es un proceso irreversible**. El ecumenismo tiene futuro, no porque nosotros así lo queramos, sino porque el Señor lo quiere y porque su Espíritu nos apoya en esta tarea.

El ecumenismo tampoco es un apéndice de nuestras tareas pastorales convencionales, ni un artículo de lujo para la acción pastoral: **se trata más bien de un horizonte irrenunciable para la entera vida de la Iglesia**. Los principios católicos del ecumenismo, tal como los formuló el concilio en el decreto UR, o sea, **el ecumenismo de la verdad y la caridad**, valen asimismo para el futuro. La caridad es el verdadero motor del ecumenismo (Benedicto XVI, *Deus caritas est*). La caridad, a su vez, se basa en la autorrevelación y la autocomunicación de Dios en Jesucristo. La tarea fundamental de la Iglesia consiste en transmitir y comunicar esta caridad, este amor al mundo.

El ecumenismo y la misión tienen en **la caridad** el verdadero motor. El ecumenismo es el hermano gemelo de la misión. Desde la Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo de 1910, sabemos que el principal obstáculo para la misión son nuestras divisiones. De ahí que, también desde el punto de vista de la misión y de la nueva evangelización, en la Europa masivamente secularizada, el ecumenismo constituya una singular urgencia.

El diálogo ecuménico en la verdad **no es sencillamente un intercambio de ideas, sino de dones**³⁷. El diálogo ecuménico no nos priva de nuestros respectivos tesoros, sino que **aspira al enriquecimiento mutuo**.

No podemos construir ni organizar la unidad de la Iglesia. La unidad que perseguimos no surgirá de debates teológicos en una comisión ecuménica, por

36 W. KASPER, *Caminos hacia la unidad de los cristianos*, Sal Terrae, Santander 2014, p. 565.

37 W. HENN, “Intercambio de dones: la recepción de los frutos del diálogo y la reforma de la Iglesia”, en: A. SPADARO-C. M. GALLI (eds.), *La reforma y las reformas en la Iglesia*, Sal Terrae, Santander 2016, 399-423.

muy útil y necesaria que también sea esta vía. La unidad es un don del Espíritu Santo. De ahí que el ecumenismo espiritual sea el corazón del ecumenismo y haya devenido cada vez más importante a lo largo de la última década.

La oración por la unidad cristiana es el corazón de este ecumenismo espiritual³⁸. La abad Paul Couturier decía que Ecumenismo significa dar testimonio de la oración de Jesús, participar en ella, hacerla propia. Hablaba de un monasterio invisible, en el sentido de una comunidad dispersa por el mundo entero, en la que todos los individuos estén, sin embargo, vinculados en la oración de Jesús por la unidad.

El Ecumenismo que viene deberá poner en el centro de la reflexión el testimonio de la presencia del “Dios vivo”. Es de esperar que la centralidad de Dios nos ayude a ubicar las divergencias aún más persistentes en el lugar que las corresponde, para no absolutizarlas bien por rutina apologética, bien por recaída en repliegues identitarios, bien por medio al diálogo riguroso en la verdad³⁹.

El Papa Benedicto XVI realizó en 2011 un viaje a Alemania, su país natal. En aquella ocasión, se encontró el 23 de septiembre con la delegación protestante en la ciudad de Erfurt. El encuentro se celebró en el que fuera convento agustino donde vivió Lutero como monje. Allí Benedicto XVI presentó como tarea primordial del ecumenismo la de salir justamente al encuentro de la secularización de la sociedad y del extrañamiento de Dios; una tarea común para mantener despierta la pregunta por Dios o contribuir a despertarla de nuevo.

En relación con Lutero dijo: “Lo que le quitaba la paz era la cuestión de Dios, que fue la pasión profunda y el centro de su vida y de todo su camino. ¿Cómo puedo tener un Dios misericordioso? No deja sorprendernos en el corazón que esta pregunta haya sido la fuerza motora de su camino. ¿Quién se ocupa actualmente de esta cuestión, incluso entre los cristianos? ¿Qué significa la cuestión de Dios en nuestra vida, en nuestro anuncio?

38 *Ibid.*, pp. 568-569.

39 S. DEL CURA, “Testimoniar juntos la presencia del Dios vivo: tarea ecuménica primordial a los 50 años del Vaticano II”, en *Pastoral ecuménica* 86 (2012), pp. 11-36, aquí p. 11.

¿Cómo me posiciono yo ante Dios, cómo se sitúa Dios respecto a mí?”. Esta pregunta candente de Lutero debe convertirse otra vez, y ciertamente de modo nuevo, también en una pregunta nuestra, no académica, sino concreta. Pienso que esta es la primera cuestión que nos interpela al encontrarnos con Martín Lutero.

A esto se podría añadir: ¿Qué tiene esto que ver con nuestra situación ecuménica? ¿No será todo esto solamente un modo de eludir con muchas palabras los problemas urgentes en las que esperamos progresos prácticos, resultados concretos? A estos interrogantes, Joseph Ratzinger respondía:

“Lo más necesario para el ecumenismo es, sobre todo, que, presionados por la secularización, no perdamos casi inadvertidamente las grandes cosas que tenemos en común, aquellos que de por sí nos hacen cristianos y que tenemos como don y tarea. Fue un error de la edad confesional haber visto mayormente aquello que nos separa, y no haber percibido en modo esencial lo que tenemos en común en las grandes pautas de la Sagrada Escritura y en las profesiones de fe del cristianismo antiguo. Ésta ha sido para mí el gran progreso ecuménico de los últimos decenios: nos dimos cuenta de esta comunión y, en el orar juntos, en la tarea común por el ethos cristiano ante el mundo, en el testimonio común del Dios de Jesucristo en este mundo, reconocemos esta comunión como nuestro común fundamento imperecedero”⁴⁰.

Un día más tarde, el 24 de septiembre de 2011, el Papa Benedicto XVI también se encontró en Erfurt, con representantes de Iglesias ortodoxas y ortodoxas orientales. En su discurso dijo:

“En esta sociedad en la que la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres y mujeres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), en Cristo resucitado y crucificado”⁴¹.

40 Citado por S. DEL CURA, “Testimoniar juntos la presencia del Dios vivo: tarea ecuménica primordial a los 50 años del Vaticano II, ac, pp. 11-12.

41 Ibid., p. 15.

Concluyo con algunas indicaciones para el camino ecuménico.

En primer lugar, creo que el ecumenismo se podría comparar al viaje de un avión. En el despegue rápido todos tenemos la esperanza de llegar a nuestro destino. No olvidemos siempre que el verdadero piloto es el Espíritu Santo, que hizo iniciar este viaje y que ciertamente lo conducirá hasta la meta⁴².

Pero la mejor imagen es la del camino de los discípulos de Emaús. En la situación ecuménica actual es fundamental que los cristianos, hombres y mujeres, que viven en comunidades cristianas diversas, estén en el camino hacia la unidad y hagan juntos todo lo que es posible hacer juntos. La experiencia ecuménica nos enseña que la unidad crece caminando y que estar en camino juntos significa practicar ya la unidad. El Papa Francisco lo ha expresado muy bien: “La unidad no vendrá como un milagro final: la unidad viene en el camino, la construye el Espíritu Santo en el camino”⁴³. Estar juntos en el camino, como los discípulos de Emaús.

El Ecumenismo auténtico vive en la mutua participación en la vida de los demás, también en su dolor (1 Cor 12, 26-27). Hoy estamos viviendo la realidad de muchos cristianos perseguidos. Los cristianos hoy no son perseguidos porque sean protestantes o pentecostales, ortodoxos o católicos, sino simplemente porque son cristianos. El martirio hoy es ecuménico, y debemos hablar de un auténtico ecumenismo de la sangre⁴⁴. En efecto, la sangre de tantos mártires en el mundo actual no divide, sino que une. El Papa Francisco lo expresó así formulando este desafío: “Si el enemigo nos une en la muerte, ¿quiénes somos nosotros para dividirnos en la vida?”⁴⁵ **Veo en la experiencia de la persecución y del martirio, común a todos los cristianos, el signo más**

42 K. KOCH, “Cinco indicaciones para el camino ecuménico”, en *L’Osservatore Romano*, viernes 15 de julio de 2016, p. 6.

43 Homilía en la Solemnidad de san Pablo apóstol, 25 de enero de 2014.

44 A. AUDO, “El ecumenismo de la sangre y el reconocimiento de la santidad en los hombres de otras confesiones cristianas”, en: G. ZARAZAGA, S. MADRIGAL, E. BUENO DE LA FUENTE, A. ABAD, J. P. GARCÍA MAESTRO y otros, *Trinidad, Comunión y Unidad*. . Actas del X Congreso Trinitario Internacional- Granada, Ed. Paulinas, Madrid 2017, 117- 132.

45 Discurso al movimiento de la Renovación en el Espíritu, 3 de julio de 2015.

convinciente del ecumenismo hoy y del futuro. Pero cabe preguntarse si en Europa lo tomamos, en verdad, suficientemente en serio.

¿Cómo acercarnos de verdad?

En el intercambio de experiencias de sufrimiento, en el camino de Emaús, los discípulos se miran en busca de una palabra liberadora y dejan que se les ofrezca un compañero suyo de viaje para explicarles las Escrituras. De aquí surge la tercera indicación: **nosotros cristianos nos acercamos más los unos a los otros cuando escuchamos juntos la palabra de Dios y hablamos de ella juntos.** La Reforma, y el consiguiente cisma en el siglo XVI, estaban unidos a una interpretación controvertida de la Biblia y llegaron muy dentro de la Sagrada Escritura. Por esto, también la superación de la división y el restablecimiento de la unidad pueden llegar a ser posible sólo en el camino de una lectura común de la Sagrada Escritura. Por este prometedor camino, si nos sumergimos en el misterio de Jesucristo y de su palabra, seremos capaces de encontrar el camino de unos hacia otros en el que, en verdad, el otro es un bien para mí.

Conclusión

Concluyo con estas palabras del cardenal Walter Kasper que deseo también hacer mías:

“Es posible que el don de la unidad llegue un día de modo tan sorprendente como la caída del Muro de Berlín. Si en la mañana del 9 de noviembre de 1989 hubieran preguntado a la gente en las calles de Berlín Occidental: “En su opinión, ¿cuánto tiempo seguirá en pie el Muro?”, la mayoría probablemente habrían respondido: “Nos daríamos por contentos si algún día nuestros nietos pudieran volver a cruzar la Puerta de Brandeburgo”. En la noche de aquel memorable día, en Berlín, el mundo parecía inopinadamente del todo distinto.

Estoy firmemente convencido de que el Espíritu de Dios llevará a término la obra que ha comenzado. Al igual que ocurrió con la caída del Muro de Berlín, también nosotros nos frotaremos un día los

ojos y nos admiraremos de que el Espíritu de Dios haya derribado los muros que nos separan y nos haya abierto nuevos caminos para el encuentro”⁴⁶.

46 W. KASPER, *La unidad en Jesucristo. Escritos de ecumenismo II*, Sal Terrae, Santander 2016, 493-494.